

Carmen Galindo

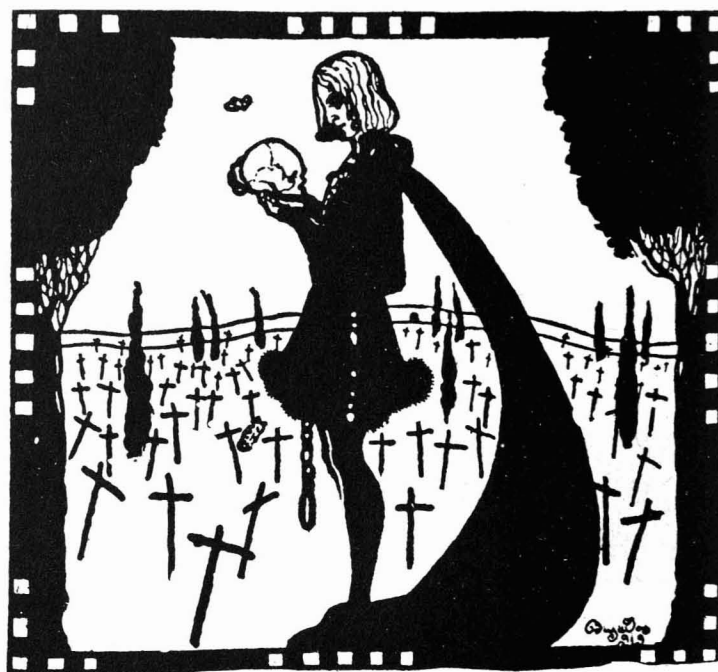
LAS ENTRETELAS DE JULIO TORRI*

Julio Torri pertenece a la generación del Ateneo, un grupo de escritores que, entre paréntesis, jamás conoció, al menos aplicadas a la literatura, las ventajas de la *píldora*. Julio Torri es, también, un genio de las obras mínimas, el amo de la paradoja, un experto en la literatura francesa y un sabio en el dominio del español. Además de apasionado bibliófilo, ha sido un virtuoso arrebatado, un dandy infatigable y un aristocratizante de la cultura.

Conocí a don Julio en la Facultad de Filosofía y Letras y no, como se rumora por ahí, en la Escuela de Altos Estudios y aunque alguien pretenda que le eché el ojo en Mascarones, la verdad es que ya estábamos instalados en la sabrosa lejanía de la Ciudad Universitaria, ahora mártir. Don Julio compartía las clases, equitativamente, con Luis Rius. En las bancas, algunos genios: Monsiváis, Sáinz y Elizondo. Además de los mencionados estaba la flora y fauna de la Facultad: los poetas medio malditos, los pre-onderos, algunos ensayistas disfrazados de huicholes, los niños frágiles y las niñas decentes que, las despistadas, se habían inscrito por la belleza, *frigidaire*, de Luis Rius. Mi falta de afición a Rius me mandó, por faltas, a un examen extraordinario que presenté, para mi regocijo, en la sala penumbrosa del hoy homenajeado. Allí, después de una aprobación que no supe a qué atribuir, ya que no hubo preguntas académicas, pasé el examen y pasé, lo que es más importante, a su estudio, una biblioteca en un segundo piso, donde descubrí, entre falsos sofocones, el cofre de Julio Torri. Pero antes de contarles lo que el tal cofre contiene les diré que...

Su obra, como la de todo romántico que desee tener sus papeles en regla es breve, fragmentaria y graciosamente individualista. Son los textos de un conocedor, de un coleccionista, los del mejor *gourmet* que han tenido las letras mexicanas. A la medida le queda, pues, aquel juicio de Wilde que se aplicó a otra persona. Dice Wilde y se abren comillas: "solamente los filisteos juzgan una personalidad por el índice grosero de su producción. Este... dandy procuraba más bien ser alguien que hacer algo. Pensaba que la vida misma es un arte, y que tiene sus diferentes estilos." Se cierran las comillas, termina Wilde y nosotros volvemos al cofre.

El archimencionado cofre tiene en su interior un grabado de Brunelleschi, la primera edición de no sé qué obra de Sor Juana y una edición latina de Horacio, no impresa, sino grabada y que, gracias a una solitaria errata, corregida en los sucesivos ejemplares, prueba que se trata de uno de los primeros volúmenes grabados. Tiene una moneda griega y un montón de cacharritos históricos que se crearon en no sé donde, pertenecieron a Nomeacuerdo y que no me dejaron boquiabierto, porque lo único que saqué en claro es que sus dueños tenían siglos de haber muerto. Lo que si no me dejó boquiabierto, me hizo abrir los ojos así de grandes, fue un decálogo del arte amatorio japonés, ilustrado profusamente, que me sorprendió, además de por su exquisito refinamiento, plástico se entiende, por su falta de sentido práctico.



* Texto leído en el Museo de la Ciudad de México en marzo de 1969, en la función para festejar los ochenta años de Julio Torri.

Su conocimiento, y en esto es igual a los demás ateneístas, se dispara hacia todos los puntos cardinales. Sin embargo, detesta el orden, no lo desvela el estudio sistemático y confiesa, con soberbia y por escrito, que desprecia las agarraderas de la lógica. Al leerlo, uno empieza a ver a los demás escritores como monomaníacos del conocimiento exhaustivo y a pensar que más les valiera, en vez de sus sesudos ensayitos, ser los autores de estas espléndidas y filosas intuiciones.

Después, unas succulentas comidas y el café final, no faltaba más, en La Flor de México. Otras veces eran las copitas que se llenaban interminablemente o, preparado a la usanza mexicana, un chocolate que apurábamos a tímidos traguitos. Don Julio, pues me había colado en su vida como una experta en Baudelaire, me leía y me mostraba, a uno por visita, ediciones, cada vez más suntuosas, cada vez más fantasiosas, de *Las flores del mal*.

Conoce, y muy bien, la literatura griega y la latina, la alemana y la española y, hombre al fin del siglo XIX, ama a la francesa. Aunque en materia femenina, por lo que pude vislumbrar, sus preferencias viven en el Norte (al menos eso confiesa al mencionar su orquídea texana). Pero, aquí entre nos, que a quien amó, y yo no sé si platónicamente, fue a la joven esposa de un artista oriental. Y digo esto, para referirme sólo a las principales, ya que las demás forman la leyenda de un tenorio que no pudo derrotar su más cercano competidor: Alfonso Reyes. Su divisa estética, que no desmiente con sus obras, dice así: "A semejanza del minero es el escritor: explota cada intuición como una cantera. A menudo deja la dura faena pronto, pues la veta no es profunda. Otras veces dará con un rico yacimiento del mejor metal, del oro más esmerado. ¡Qué penoso espectáculo cuando seguimos ocupándonos con un manto que acabó ha mucho! En cambio, ¡qué fuerza la del pensador que no llega ávidamente hasta coleccionar su última verdad, esterilizándola; sino que se complace en mostrarnos que es ante todo un descubridor de filones y no un mísero barretero al servicio de codiciosos accionistas!"

Con don Julio he viajado en coche convertible y deportivo y, también, en varios de cuatro puertas. Y un día, por un elogio de Cristina, ahora de Pacheco y entonces alumna también de Torri, nos regaló un enorme, aparatoso, gigantesco ramo de gladiolas que, hasta ese momento, había decorado la media luz de su salón.

Y a pesar de todo lo anterior, todavía no he dicho nada. Don Julio fue mi maestro y, entre otras cosas, ninguna práctica, me enseñó a no ser avara con la literatura, a leer a Baudelaire, a despreciar los honores, a comprender que la vida es un arte. También me enseñó a amar tiernamente a un compañero suyo preparatoriano que se llamaba el Sapo y que era bastante más gracioso que Alfonso Reyes. Me enseñó que mientras la revolución hace bulla afuera, uno, si no se ha embarcado a París, puede estar, muy bien acompañado, en el Café Colón. Me contó muchos

secretos de los ateneístas, me enseñó que se puede ser joven a los ochenta y me enseñó unos maliciosos versos acerca de Carlos Pellicer. Aprendí, igualmente, que don Julio es muy quisquilloso, muy susceptible (a mí, por lo menos, me dejó de hablar dos veces). Me dijo que le encantaba andar en bicicleta, que le gusta la pintura de Julio, su sobrino; que antes jugaba tenis, y que no se casó porque nunca hizo falta.

A través de su obra comprendí que cree, con cierta ironía, como corresponde al buen tono, en los espíritus selectos, en la *élite* intelectual. Para él, la literatura no es letra muerta, objeto de análisis, es la oportunidad de vivir e imaginar lo excepcional, de experimentar nuevos y refinados placeres intelectuales y enmendarle la plana a la naturaleza. Su quehacer literario, hecho para leerse en Cortina D'Ampezzo, hábil y elegante como un film de Minelli, no tiene las características del profesionalismo, de la especialización, y su detallista sabiduría, cada día más rara en la industria de las letras, es la erudición, siempre extraña y deslumbrante del bibliófilo apasionado, del coleccionista de arte; el saber extravagante, antiutilitario y hedonista, del *dilettante*.

